



PANORAMA POLITICO

LUIS UGALDE

ENCRUCIJADA POLITICA

El hecho de que el propio Presidente y los expresidentes Betancourt y Caldera hayan saltado a la palestra del acalorado debate partidista es un síntoma de crisis política. Defienden una democracia amenazada desde dentro, desde el propio modo de hacer política y no desde conspiraciones externas de derecha o de izquierda.

Parece que justo en este momento nos encontráramos en el choque de oleajes contrapuestos de promesas y frustraciones: Las audaces y desbocadas promesas avanzaron arrolladoras sobre la inmensa playa de la necesidad y la ilusión nacional para reventar en vacía espuma; la resaca de la frustración creada choca ahora con nuevas y agigantadas promesas levantando un fuerte oleaje que sólo viejos expertos pueden sortear. No estamos en la crisis de tal o cual partido, sino de la manera misma de entender el quehacer político.

La campaña suicida

El primer año de gobierno fue de promesas y de toma del pulso a la administración. El segundo y tercero de ensayo ejecutivo. Prematuramente el cuarto y el quinto pretenden ser de campaña electoral; acabada la enorme ilusión puesta en este gobierno, se trata de levantar otra.

La campaña se desató en AD con un adelanto absurdo, que sería menos grave si fuera una modesta campaña interna. Pero por el volumen de gasto, la virulencia de los ataques, la participación de intereses económicos y la resonancia extrapartido, es una campaña electoral nacional al margen del espíritu (¿y de la ley?) de lo ordenado por el Consejo Supremo Electoral. Se están poniendo todas las bases para no poder cumplir después: promesas absurdas, divisiones en el partido, hipoteca a grupos económicos. ¿Qué pecado ha cometido el país para que se le castigue con dos años de campaña?

La elección de AD la ganará Piñerúa. Tiene el activo apoyo de Betancourt. Está jugando a la oposición y capta el descontento popular frente al actual gobierno. Además lleva años de tenaz labor partidista que le permite controlar lo que lla-

man "la maquinaria". Con él se puede ser adeco y de oposición, la fórmula ideal para las bases de AD. Si perdiera él, lo más probable sería la división del partido por decisión de Rómulo Betancourt. Piñerúa ganará las elecciones internas de AD pero su campaña de promesas demagógicas, descontroladas e incumplibles, no hace ningún bien al país. Si fueran cumplibles por AD, les quedan dos años para intentarlo con una mayoría y con unos recursos que no volverán.

Más allá de sus cualidades personales, la candidatura de Lusinchi tiene respaldos económicos de algunos de los grupos que menos laboriosa y constructivamente han hecho plata en Venezuela. Aunque por otro lado la cordialidad de Lusinchi aparece como un sedante de la agresividad y cierto espíritu persecutorio que se refleja en la campaña de Piñerúa.

La precandidatura de Lusinchi ha hecho avances, pero parece imposible remontar la ventaja del contrincante. En julio tendremos a Piñerúa de candidato de AD. Se tendrá que maquillar de nuevo para convertirse en candidato de todo el partido y, lo que es más, del Gobierno. Será cuando los "Doce Apóstoles" salgan en misión, unos para pactar con Piñerúa y

otros para catequizar a COPEI.

Este parece ser el momento que espera COPEI para capitalizar la oposición. Naturalmente, tal como hasta ahora se ha definido el juego político venezolano, a COPEI y al resto de la oposición corresponde restregar en las narices del país los fracasos del gobierno y prometer —una vez más— que ellos sí resolverán el rosario de problemas más acuciantes. Sin embargo no es verdad. De continuar así, el próximo gobierno, sea de AD o de COPEI, no podrá resolver los problemas porque con la actual manera de hacer política son insolubles. Están bloqueadas las soluciones, no sólo por culpa de AD o de COPEI, sino por la manera como actores y espectadores hemos entendido el teatro de la política.

Acuerdos imposibles para un gobierno posible

Hay un conjunto de problemas nacionales que no pueden esperar más y que sin embargo ningún partido los puede abordar sólo desde el gobierno. Se ha perdido la capacidad de tomar urgentes medidas antipáticas a la mayoría (aunque beneficiosas) o enfrentadas a la descarada actuación antinacional de reducidos grupos de privilegio. Algunos ejemplos de muestra: Poda despiadada del gasto público ordinario, incremento de la tributación interna hasta llegar a triplicar el monto actual para que los ingresos provenientes del petróleo se destinen en casi su totalidad a gastos de inversión. Eficacia administrativa, control total de la importación de ciertos bienes de consumo, eliminación total de la propaganda de alcohol y cigarrillos, elevación del precio



La política de tareas debe sustituir a la política de promesas

de la gasolina, desestímulo sistemático a ciertas operaciones financieras. Hay una larga lista similar en la actividad económica, en la tarea educativa o en la organización de los servicios públicos. Sólo la enumeración de estas medidas o similares basta para comprender que poco podrán hacer AD y COPEI si juegan a campañas costosas y se venden al mejor postor económico, o juegan a la demagogia o si están al acecho para aprovecharse de la obligada impopularidad a corto plazo de casi todas las medidas más urgentes que necesita tomar el próximo gobierno si quiere ser sincera y objetivamente beneficioso.

Una campaña con nueva acumulación de promesas descontroladas, no puede producir sino nuevas frustraciones.

Creo muy acertada la reciente afirmación del ex-presidente Caldera: "Es un hecho generalmente reconocido el de que las posibilidades electorales de COPEI son mayores que en cualquier otra oportunidad anterior y que tienden a aumentar a medida que más se acerca el año final del actual período" (El Universal 17-5-1977). El indiscutible prestigio personal de Caldera es uno de los principales puntales de esta posibilidad electoral. Habrá que ver si COPEI sabe aprovechar esta coyuntura.

Pero gane quien gane, a medida que pasa el tiempo se ve más difícil realizar un buen gobierno en el próximo período. Los problemas se acumulan peligrosamente y casi todos llegan a aquella línea roja más allá de la cual la actual manera de entender y comprometer el quehacer político se vuelven absolutamente impotentes. Aquí no estamos hablando de un cambio estructural o algo parecido, aunque de eso tienen que hablar, y urgentemente, los socialistas. Creo que un mero saneamiento administrativo y una mayor

eficacia capitalista de las empresas públicas y privadas en las áreas de mayor urgencia supondría hoy y aquí un verdadero acontecimiento nacional. Ojalá COPEI y AD estén preparándose y madurando las condiciones de posibilidad (equipos, proyectos concretos, libertad de pesadas hipotecas de grupos económicos o insensatas promesas electoreras. . .).

Después de agosto de 1977 sobre todo de agosto de 1978 se podrán hacer apreciaciones más próximas de lo que vaya a ocurrir en las urnas en diciembre de ese año. De lo que no tenemos duda —aunque esta convicción sea amarga— es que tal como van las cosas, gane AD o COPEI se llegará al gobierno sin condiciones de posibilidad para hacer los correctivos indispensables para enrumbar al país.

El juego está trancado

Al político se le ha dicho que prometa soluciones a todos y a todo, que haga discursos y más discursos, que nos oculte los problemas, que nos maquille las verdades duras, que nos ahorre esfuerzos. Han hecho lo mejor que han podido para llenar esas tareas y para mantener ininterrumpida su clientela. No se han atrevido a actuar de otra manera, porque el libreto estaba escrito y temían el abucheo del público. Pero esta comedia ya no da para más.

Si los políticos nos pudieran hablar sin las deformaciones profesionales a las que los hemos obligado, si pudieran decirnos, lo que sienten sin pedir permiso al que le prestó los millones, si supieran que obtendrían aplausos y apoyo diciendo las verdades más duras y exigiendo los trabajos más costosos, los políticos dignificarían a Venezuela.

Entonces tendríamos una campaña

corta, sin promesas, con verdades dolorosas, sin sueños de ilusas revoluciones, sin vergonzosos engaños y envilecedores financiamientos. Entonces nos habrían devuelto la dignidad de adultos y la capacidad de creadores. Vislumbraríamos un trabajo colectivo con la profunda alegría de poder llegar en unos años a alimentarnos de nuestro esfuerzo e intercambiarnos el obsequio de nuestra creación material y cultura: Venezuela sería creadora de sí misma.

Fuera de unos pocos muy privilegiados que se benefician del actual desbarajuste, hay consenso en el diagnóstico que en privado hacemos los venezolanos sobre los problemas fundamentales y sobre las prioridades. El acuerdo en el programa común "Venezuela 1980 para Venezuela 2000" es mucho más amplio y profundo de lo que parece. Pero la careta escénica nos impide acogerlos a él.

De la política de promesas a la política de tareas

Se ha agotado una manera de entender y hacer política. Esta tiene plena vigencia en una sociedad donde el esfuerzo propio no es la mediación lógica entre la necesidad y el logro de las metas. La promesa llegada desde fuera era invitación a probar suerte dando un salto en el vacío. Más allá de la previsión racional de los medios para alcanzar metas, se juega al azar. Es el juego del "5 y 6", para conseguir fortuna. El logro de empleo no es consecuencia de una gestión adecuada a través de cauces racionales. "La pegué", dicen en ese mundo quienes consiguen empleo aventurándose con la oración a San Onofre, el carnet del partido o la palanca. En un mundo así las soluciones vienen de fuera en un juego de promesas e incertidumbres. La vida es juego y fortu-

na. Los candidatos y los partidos son oportunidades para que la gente —sobre todo la más necesitada y carente de medios— pruebe suerte.

La Venezuela urbana enfrentada al manejo eficaz de mil recursos para con esfuerzo racional lograr metas proporciona les exige que la política de tareas sustituya a la política de promesas. Necesitamos que se propongan tareas para lograr metas, no premios ni milagros para evitar las tareas. Y este cambio lo deben hacer los propios políticos o ante el fracaso de su conducción vendrá de fuera barriendo con toda la quincalla verbal. Los problemas se han acumulado de tal manera que sólo con un gran esfuerzo unitario, sistemático y duro puede el país recuperar el rumbo y la capacidad de autogestión.

Las utopías no pparen la verdad, pero la engendran. Sin ellas la humanidad permanece estéril y estancada. Venezuela necesita un acuerdo básico tras una utopía de realización humana propia, iluminadora de un esfuerzo colectivo, totalmente concreto, sectorializado, aterrizado.

Y los políticos en 1978 nada mejor podrían brindarnos que el panorama de un terreno por donde debemos avanzar, y la decisión única —con diversos matices según los partidos— de avanzar por ahí a como dé lugar.

Pero la utopía es traidora si oculta la realidad. Y la realidad de nuestra política actual es muy distinta de esta necesidad.

AD como Gobierno emprendió el camino del verbo desatado, de la promesa inflada e irresponsable. Según dicen ellos le quitaron las bandéras a la izquierda, como si quitar las banderas fuera ya transformar la realidad que padece la mayoría de los venezolanos. Por cierto muchas de esas promesas partían de un diagnóstico correcto, de una justa apreciación de dónde le duele la entraña a Venezuela; pero con una falta de fe en el esfuerzo propio y análisis ajustado de la mediación gradual entre punto de arranque y metas. Se instauró una especie de "despotismo ilustrado" del siglo XX en país petrolero. El déspota no era el Presidente sino el capital beneficiario de la liquidación del activo petrolero. En un "todo para el pueblo, pero sin el pueblo" el V-Plan de la Nación dibujó la grandeza del capitalismo internacional y el recurso humano importado. Lo advertimos a tiempo (Véase SIC nos. 384 y 386) y lo advirtieron otros. A la vuelta de tres años son más las deudas de las grandes inversiones proyectadas que los recursos previsibles y queda al descubierto toda la improvisación de recursos humanos y la dependencia de los proyectos.

La lógica inflación inevitable cuando hay incremento del gasto sin aumento de producción y de productividad llega a todos los venezolanos, mientras que las ventajas de los ingresos adicionales llegan a pocos. Al mismo tiempo la habitual ineficacia y corrupción de la administración pública y de ciertos negocios privados adquirieron el tamaño de la "nueva dimensión" propia de los nuevos millones.

Y eso en un clima de impotencia, corrupción y desaliento en la administración pública y en la gerencia privada de la economía. No pretendo decir que no se ha hecho nada, ni caer en la ligereza de echar las culpas todas a un partido. Es el modo de hacer economía y política lo que está en tela de juicio y en forma irreversible. Las tareas de la Venezuela de hoy requieren otra manera de relación entre los políticos y los ciudadanos. Hoy la única manera de alcanzar lo prometido es dejar de prometer. No más ofertas, sólo tareas de trabajo. El mejor partido será el que ofrezca un camino más arduo con tareas bien pensadas y proporcionadas a las fuerzas que se pueden suscitar en el país para su realización.

UNIDAD DE LAS IZQUIERDAS

La absurda unidad

Sería fatal para el país que la izquierda en su bajo nivel actual de coherencia ideológica, vigor organizativo y capacidad de gestión eficaz obtuviera unida el 30 por ciento de los votos en las próximas elecciones. Ese sería el mayor triunfo de la derecha. Desataría su miedo, justificaría su reacción brutal, sin que los constructores del socialismo (en su actual nivel) tuvieran el poder social necesario siquiera para defenderse tímidamente.

¿Por qué es un lugar común que la izquierda debe ir unida a las próximas elecciones? Todos en la izquierda se saben no sólo distintos, sino adversarios, de los otros grupos con quienes ahora quisieran alianza electoral. Se atacan, se ponen la zancadilla, se disputan sus exiguas cuotas de poder a lo largo de cinco años y al acercarse el momento electoral cambian de disco. Creo que cualquiera puede apreciar que ésta es la realidad de la izquierda salvo pequeñas excepciones que suponen individualidades de consecuente labor unitaria. ¿Por qué ha de ser obvio que la izquierda deba ir unida cuando parece igualmente lógico que AD y COPEI vayan separados? Se me ocurre que la derecha va separada porque es una y fuerte, y la izquierda sueña en ir unida porque se sabe débil y dividida. Aquella disfraza la unidad de fondo en la diversidad electoral, mientras que ésta quisiera ocultar la división de fondo en la pasajera unidad electoral.

El sentido y la realidad de poder hace que la derecha esté realísticamente unida. Las izquierdas sin realidad ni horizontes de poder parecen consolarse en las grandes batallas sobre la autenticidad revolucionaria para arrebatar la pequeña y estática cuota de poder.

¿Unidad de las izquierdas para qué? ¿Para no dejarse contar aisladamente? ¿Para no avergonzarse de las escuálidas filas de seguidores? ¿Para aplacar el ayuno de votos participando modestamente en la mesa de tal o cual candidato que sí tendría apoyo electoral?

En principio, hoy y aquí, no le veo sentido a la unidad electoral de las izquierdas. ¿Qué puede significar el momentáneo abandono de la menuda y cotidiana lucha a cuchillo en la mayoría de las elecciones gremiales, y de la guerra de pullas en los cenáculos intelectuales, para abrir un paréntesis electoral, si pasadas las elecciones se vuelven a enzarzar en la eterna discusión de quién es verdadero revolucionario, fiel intérprete de Marx y auténtica vanguardia del proletariado?

La izquierda venezolana no está en la coyuntura de la francesa a punto de presentar una alianza capaz de obtener el triunfo electoral. Aquí definitivamente necesita sincerarse consigo misma y con su significado para el país. Mientras no puedan hacer esto, no tienen mayor cosa que ofrecer a Venezuela. Dicho con todo respeto. Sólo aquellos partidos que puedan hacer esta sinceración fuera de toda coyuntura electoral podrán avanzar sólidamente.

La necesaria unidad

¿La unidad de la izquierda para qué? Para hacer efectivamente posible la construcción del socialismo venezolano. Esta sí es una unidad necesaria. Pero ella no es en primer lugar una unidad electoral; ésta podrá venir como algo derivado. Ahí no se busca conseguir juntos un 15 por ciento de los votos para repartíselos en módicas cuotas de supervivencia. Ni siquiera lo fundamental es lograr presentar un programa electoral único. Hay unidad significativa en las izquierdas cuando tienen la suficiente coherencia —dentro de divergencias más circunstanciales— para hacer llegar a la mayoría del país un diagnóstico, una alternativa socialista, una vía verosímil, un equipo capaz y una fuerza social decidida y decisiva.

Esto significa acuerdo sobre el tipo de socialismo que se va a proponer en forma clara, concreta y realista a los escépticos y prevenidos venezolanos. Sería lamentable para la alternativa socialista si quiera la posibilidad (que hoy no está dada) de lograr un circunstancial triunfo electoral en la actual situación de incoherencia efectiva.

No queda excluida la posibilidad de que una mera alianza electoral fuera el comienzo de una política de coincidencias crecientes y de fondo. Pero hoy y aquí parece totalmente irreal esta posibilidad puesto que no se ve intención unitaria de fondo. ¿Cómo se puede pensar en esa posibilidad cuando en los sindicatos, en las universidades, en las revistas y en los libros son mayores los ataques que las contraposiciones con AD y COPEI?

Si la izquierda todavía no existe como capacidad real y coherente para hacer una propuesta viable para el difícilísimo paso al socialismo, preferible que la izquierda no tenga una unidad artificial capaz de asustar y provocar a la derecha e impotente para aglutinar una verdadera y clara fuerza social para encauzar los pasos al socialismo.

Las alternativas electorales

Por lo demás no habrá unidad de las izquierdas. El MAS se define como diferenciación del PCV, cuya fracción disidente fue en otro tiempo. El MAS parte de "un proceso a la izquierda", incluido su propio pasado.

En su infancia de seis años ha realizado un gran esfuerzo y con un éxito inicial muy apreciable. En cierto modo a nivel nacional ha copado la alternativa socialista. Quien piense en un posible socialismo en Venezuela piensa en primer lugar en el MAS. El problema consiste en que su vigor organizativo y su firmeza y claridad ideológica dejan mucho que desear. Incluso dentro de esta insuficiencia algunos han caído en pragmatismos inmediatistas que darían al traste con cualquier intento socialista. Sin embargo hay un elemento muy desarrollado que puede resolver ciertos peligros y es la conciencia que en la dirección del MAS existe de los riesgos y la gran libertad y capacidad para la auto-crítica y la revisión.

El MAS ha tomado muy en serio la tarea de ablandar los prejuicios (y los postjuicios) antisocialistas muy fuertemente arraigados en la mayoría. Y lo va consiguiendo en la "imagen". Más difícil es conseguir una adhesión positiva, y ésta —para una alternativa socialista no para un mero voto electoral— sólo se consigue con su presencia real, cotidiana y concreta en los problemas de cada sector social. Esta presencia del MAS todavía es muy débil y con frecuencia tan insegura que no logra perfil propio.

Se sabe creciendo en la medida que cala su nuevo estilo y sus nuevas propuestas. Es un "nuevo modo de ser socialista" y por lo mismo el MAS no aceptará ninguna alianza con fuerzas menores que no le sumen votos y que si le resten, por pérdida de aquella diferenciación tan buscada o por tener que compartir con otros



los buenos votos de su candidato José Vicente Rangel. Si el MAS se diferencia del resto de la izquierda, éstos a su vez repudian al MAS como reformistas traidores.

El PCV y el MEP tienen dificultad en ir solos y mayor aún para divisar alianzas satisfactorias. Ante la imposibilidad de un frente de izquierda pudieran desear algunas alianzas, por ejemplo con COPEI (o el PCV con AD), pero los verdes están deseosos de mantener su imagen de centro derecha. Ambos, vayan separados o aliados a otros, enfrentan una difícil situación electoral y las combinaciones son imprevisibles.

El pequeño partido MIR está creciendo. Se está librando en forma creciente del izquierdismo visceral y del guerrillismo voluntarista. Tiene buenos líderes. Su crecimiento es cualitativamente más atractivo para la izquierda tradicional que el del MAS; pues según ella éste sería crecimiento adeco y el del MIR crecimiento marxista; éste crecimiento burgués y reformista, aquél proletario y revolucionario.

Pero ese crecimiento del MIR en términos cuantitativos no es suficiente como para hacer un lanzamiento propio. Electoralmente en Venezuela el lugar del socialismo lo ocupa el MAS y su candidato José Vicente Rangel. Por eso el MIR quiere seguir creciendo, como distinto y opuesto del MAS, pero compartiendo el candidato, repartiéndose los votos de éste. En la dirección del MAS no lo aceptan, aunque hay en el partido no pocos que ven con simpatía la alianza. Incluso José Vicente Rangel desearía que el MAS aceptara un entendimiento de este tipo. Alegan que el MIR va madurando, que ha perdido su antiguo gusto por la amenazante simbología izquierdista. En pequeñas etapas va haciendo rectificaciones que el MAS hizo con la decisión de pasar la vergüenza y cargar con las excomuniones

de la izquierda de una vez por todas. Con todo, una alianza es difícil. Si ésta llega a darse por fin, será porque en el MIR hay muchos que sensatamente prefieren "votos sin honra" que "honra sin votos". Es decir están dispuestos a aguantar lo que consideran arrogancias y malcriadeces del MAS con tal de participar en los dividendos electorales que pueda dar el apoyo separado a José Vicente Rangel.

El MAS sabe que no puede encomendar al MIR el "socialismo proletario", mientras ellos se convierten en el "socialismo de las capas medias". Ellos mismos necesitan desarrollar una vigorosa y clara labor socialista entre los obreros hacia una sociedad donde el trabajo —y no el capital— sea el eje rector del quehacer productivo. Las capas medias no están dispuestas a proletarizarse pero con un trabajo adecuado pudieran llegar a comprender y desear un modelo alternativo que objetivamente les es beneficioso. Por lo demás sin las capas medias no es posible un socialismo democrático en una sociedad tecnológicamente avanzada y funcionalmente diferenciada con un fortísimo peso del sector terciario. Tal vez ya va siendo hora de que los provenientes del marxismo comprendan que eso de "pequeño burgués" hay que eliminarlo de la lista de los insultos, no por táctica, sino por necesidad de fomentar ciertas virtudes propias de esa pequeña burguesía.

El MAS aparecerá como tercera fuerza. Pero en contra de lo que opinan muchos, creo que si obtuviera el 15 por ciento de los votos sería perjudicial para este partido. Para un partido que no pretende cambiar el sistema, cuanto mayor sea el crecimiento electoral es mejor, pues el aspecto cualitativo no tiene importancia: a la hora de gobernar el sistema proveerá hombres. No así en el cambio socialista. Hay una proporción óptima entre crecimiento cualitativo y cuantitativo, entre aumento electoral y vigor organizativo e ideológico de los cuadros. Pienso que el MAS puede obtener un 10 por ciento de los votos y será un buen resultado, si de aquí a dos años logra convertirse a la vez en un partido suficientemente consistente para responder socialísticamente a ese 10 por ciento. Soy de la opinión de que un crecimiento que tienda a subir de ese porcentaje favorecerá a la derecha en cuanto contribuirá a desvirtuar al MAS y a tragarlo dentro del juego político actual haciéndolo perder su perfil socialista propio y poniendo a riesgo el nivel ético por la participación en el dulce encanto de la burguesía. Tampoco descartaría la posibilidad de convertirse en aliada táctica de un vencedor con estrecho margen electoral. La candidatura de José Vicente Rangel tenderá a moverse en torno al 15 por ciento de los votos.